



## CAPITULO XXIX

Descripción de la isla gaditana, sus cercanías y fortificaciones: fuerzas que la guarnecen: el mariscal Víctor, encargado del sitio, intima inútilmente la rendición: se apodera del castillo de Matagorda: Blake reemplaza á Alburquerque en el mando de la guarnición: insurrección de la Serranía de Ronda: el ejército del centro se repliega á Alicante y Cartagena ante la excursión asoladora de Sebastián á Murcia: choques en Extremadura: decreto de Sout contra las partidas, que provoca represalias de la regencia.

El malogro de la expedición á Valencia no estorbó, como se ha visto ya, el buen éxito de la dirigida por José á Andalucía, que llegó sin tropiezo á la isla gaditana.

Si para dar una idea aproximada de la forma de ésta, fuese preciso un objeto á que compararla, nos parece que no hallaríamos otro que un hacha del leñador armado de su mango y con el hierro hácia el continente. Su longitud es de tres leguas, y su mayor latitud de una y cuarto: el mango ó lengüeta tiene sobre un tiro de honda por lo ancho en toda su extensión, que es de unas seis millas. La ciudad particularmente denominada isla de Leon ó San Fernando está en el principio de esta lengüeta, y Cádiz en su conclusion. Entre la isla, por su expansión mayor, y el continente, queda un brazo de mar angosto y profundo, que lleva el nombre de Rio de Santi-Petri. La orilla de tierra firme sigue cierto trecho, y se encorva luego aproximándose á Cádiz para formar el seno que llaman de la Caleta. Una calzada real, que tiene en Madrid su origen, da vuelta á este se-

no, y, entrando en la isla por el puente de Suazo sobre el Santi-Petri, va á unir á San Fernando con el antiguo emporio del comercio español.

Es Cádiz la más bella ciudad de la risueña Andalucía, y diremos mejor de toda España. Viéndola levantarse desde sus cimientos del seno de las olas, más de una imaginación poética dirá que es la nereida que preside por aquella parte nuestros mares. La fantasía popular se la representa como una «tacita de plata» flotando en las aguas. La elegancia de los edificios y la limpieza de las calles revelan á la primera mirada la cultura del pueblo que la habita. Celosa de su conservación, hála guarnecido España de fortificaciones que la colocan entre las mejores plazas de primer orden de Europa. Del rudo embate de las olas y de la furia de los enemigos la preserva un fuerte muro, que la rodea formando baluartes de difícil acceso, tanto por su bien entendida y robusta construcción, como porque el mar los resguarda por todas partes, excepto por la de

tierra, donde hace sus veces un profundo foso de cincuenta y siete varas de ancho con contraescarpas revestidas. Corresponde al recinto el castillo de Santa Catalina, situado hácia el Norte defendiendo la entrada de la bahía: y se destaca de él al Sudoeste el de San Sebastian, fundado en una punta que avanza en el mar un cuarto de legua, sobre un peñascal, donde se cree encontrar todavía las ruinas de un antiguo templo dedicado á Saturno.

Pero antes de que el enemigo pudiese llegar á hostilizar esta plaza necesitaba apoderarse de varias obras exteriores que la protegían desde la misma isla y desde la costa, algunas de las cuales se construyeron y rehabilitaron entonces. Una de ellas fué la cortadura completa de la lengüeta ó istmo, á cosa de media legua, guarneciéndola con una batería corrida. Se hallan, siguiendo, las fortificaciones de San Fernando, ciudad de unos dos mil quinientos vecinos, cuya mejor defensa consiste en los caños de agua del mar y las salinas que la circundan, pues, inundadas que sean, queda resguardada por un foso de más de una legua de ancho por dos de largo. En la grande esplanada que hay de aquí al puente Suazo se construyeron también entonces tres líneas artilladas, y se fortificó aquél con reductos, cortinas, cortaduras y baterías avanzadas, que podían montar sobre noventa cañones. El seno de la Caleta lo defendían á su entrada: de la parte de la isla, las baterías de la punta de la Vaca, Primera y Segunda Aguada, cerro del Moro y el castillo de San Lorenzo del Puntal, que jugó un papel importante en el largo sitio que vamos á describir; y de la orilla opuesta los castillos de Fort Luis y Matagorda. Para impedir el acceso á la entrada había entre Rota y el Puerto de Santa María otro castillo de Santa Catalina, y las baterías de Ciudad Vieja, Arenillas, Bermeja, Puntilla y Gallina. Como por la entrada del rio de Santi Petri podía ser accesible la isla, hay allí sobre un islote, donde se cree que estuvo en remotos tiempos el templo de Hércules, un castillo que cierra el ingreso por mar y por tierra con la ayuda de la batería de Urrutia situada enfrente.

Para guarnecer una plaza que tantas depen-

dencias contaba eran precisas fuerzas considerables de mar y tierra, que no había y que sólo el patriotismo y la energía de la nueva junta de Cádiz pudo reunir tan pronto. La división de Alburquerque, que entró en un estado deplorabile, contó en poco tiempo sobre quince mil hombres (Marzo). Wellington accedió á mandar algunas tropas, que reforzó luego hasta cinco mil plazas bajo las órdenes del general Graham. Se improvisó además, para hacer la guardia de las fortificaciones, una brillante milicia ciudadana en Cádiz y San Fernando, que llegó á contar ocho mil hombres. De fuerzas marítimas había dos escuadras, una inglesa á las órdenes de Purvis, y otra española á las de Alava, que maltrató y disminuyó notablemente en la noche del 8 al 9 de Marzo un recio temporal. D. Cayetano Valdés, aquel bizarro marino de los combates de Finisterre y Trafalgal, mandaba algunas fuerzas sutiles.

Sin embargo, cuando se tuvo noticia de la aproximación de los franceses, se creyó conveniente ordenar el desmantelamiento y la destrucción de los fuertes que había desde Rota hasta Puerto Real y que aquellos tardaron poco en ocupar. Desde el Puerto de Santa María intimaron el 6 de Febrero la rendición; y como se les contestase con dignidad y firmeza que la plaza de Cádiz, fiel á su juramento, no reconocía otro rey que Fernando VII, empezaron desde luego los trabajos de asedio. Púsose éste á cargo particular del mariscal Víctor con facultades para disponer de los cincuenta mil hombres de que constaba aquel ejército,

Conociendo que no era para tomada de rebato ni con huecas amenazas plaza tan formidable, determinó ocupar los puntos desde donde pudiese ser más fácil y seguramente expugnada. Principió por el castillo de Matagorda, situado en una punta de tierra firme á dos millas de Cádiz. Con la bala roja alejó los buques que lo protegían, y con una batería de treinta y seis piezas de mayor calibre y algunos morteros, logró que una bomba, cayendo en el almacén de pólvora, obligase á los defensores á evacuarlo al día siguiente (22 de Abril) volando antes todas sus obras. Sólo dejaron por no poderlos embarcar consigo, mil quinien-





tos prisioneros que había aún del ejército de Dupont.

Con estos fatales auspicios se presentó el mismo día en la isla Blake, general de ingrata estrella, nombrado por la regencia para reemplazar al duque de Alburquerque; á quien por cortar sus intempestivos choques con la junta de Cádiz, envió de embajador á Inglaterra, donde murió, aunque olvidado de muchos, digno de la gratitud de su patria.

Detuviéronse los franceses en Matagorda rehabilitando sus baterías contra el castillo de Puntales, porque la lentitud y escasez con que las guerrillas les dejaban llegar los convoyes no les permitió por entonces activar la circunvalación y las obras.

La regencia, para distraer su atención, había dictado algunas providencias á fin de excitar el patriotismo de los naturales, que con extrañeza se notó ménos ardoroso que en otras provincias. Envió comisionados á promover la insurrección, particularmente en el condado de Niebla y la Serranía de Ronda, donde, en efecto, á favor de la aspereza del terreno, se formaron pronto varias guerrillas, que ya el 12 de Marzo se atrevieron á presentarse delante de aquella ciudad. Voló á su socorro tropa de Málaga; pero, mientras las recuperaban, entraban en ésta los paisanos precisándolas á volverse atrás á toda prisa. Dirigían principalmente á los patriotas D. Francisco Gonzalez y D. Andrés Ortiz de Zárate, llamado el Pastor entre los naturales. Auxiliábalos una junta que se constituyó en Jimena.

Los ejércitos del centro y de la izquierda respondieron asimismo á las excitaciones de la regencia, mas con vária fortuna para llamar hácia sí la atención de los que hostilizaban á Cádiz.

El primero, puesto á las órdenes de Blake con la fuerza de doce mil infantes y dos mil caballos, cuando se retiró de Cataluña, había promovido la insurrección de las montañas de Ubeda, Cazórla y las Alpujarras, y hecho un movimiento sobre Valencia durante la expedición de Suchet. Llamado despues caudillo á dirigir la defensa de la isla Gaditana, el sucesor Freyre, amenazado por Sebastiani, se reple-

gó á Cartagena y Alicante. En tal desamparo, Murcia, ocupada sin oposición por el enemigo el 23 de Abril, padeció mucho de tropelías, saqueos y exacciones que dejaron asolado aquel reino, virgen hasta entonces de la invasión francesa. Por fortuna las partidas que se levantaron á su espalda obligaron pronto á Sebastiani á cejar.

Con más fortuna se agitaba el ejército de la izquierda por Extremadura. Luego que Mortier se replegó á la frontera del reino de Sevilla de su vana tentativa contra Badajoz, la junta de esta ciudad extendió sus guerrillas por ambas vertientes del Guadiana para auxiliar al ejército mandado á la sazón por la Romana, que también se distribuyó por ellas yendo á la izquierda por Alburquerque las divisiones de Mendizabal y D. Carlos Odonell (hermano de don Enrique), y á la derecha la de Ballesteros y Contreras, al amparo de las plazas que protegen ambas rayas de Portugal y España. Fueron varios los encuentros que todas sostuvieron con el enemigo, algunos muy ventajosos para nuestras armas, como los de Santa Olalla, Ronquillo, Zalamea, Aracena, Burguillor y Monasterio, trabados por Ballesteros con las tropas de Mortier, y el de Jerez de los Caballeros por Imaz y Morillo contra el general Reynier (Marzo á Julio).

Pero lo que más de todo dañaba á los franceses era la incesante movilidad y persecución de las partidas sueltas, contra las cuales, irritado Soult, dió el 9 de Mayo un decreto desahogado. Trataba de bandidos á cuantos en ellas militaban, y los condenaba, aprehendidos que fuesen, á ser en el acto pasados por las armas, y expuestos sus cadáveres en los caminos públicos. Aunque hirieron profundamente el honor de los patriotas tan imprudentes ultrajes, la regencia se manifestó desatendida hasta que se llegó á ejecutar en algunos la bárbara sentencia del decreto. Publicó entonces otro (15 de Agosto) para acallar la indignación general y contener á Soult, declarando que por cada español así fusilado serian ahorcados tres franceses, sin exceptuar al mismo duque de Dalmacia, que quedaba excluido de los beneficios del derecho de gentes y considerado á su



vez como bandido. Espantosas hubieran sido las consecuencias de las represalias á no haber Soult desistido de continuarlas, asustado de su imprudente arrebato. Los escritores franceses, olvidando las horribles provocaciones de sus ejércitos, que saqueaban y asesinaban ferozmente á pueblos inofensivos ó protegidos por capitulaciones solemnes, han calificado de bárbaros por sus venganzas á los españoles. No debe ser la crueldad loada por la historia; pero la defensa es un derecho sagrado de los pueblos como de los individuos, y por otra parte, hay hechos que sólo en conjunto se pueden juzgar. El decreto de la regencia, reprimiendo á Soult, reportó un bien patente á la humanidad.

Napoleon, al acceder á que su hermano emprendiese la expedición de Andalucía, no había renunciado á realizar la de Portugal, que debía en sus errados cálculos poner más breve término á la guerra de España. Creía que las intrigas, el dinero y los ejércitos de la Inglaterra la sostenían, y que, expulsados éstos de la Península, así las tropas españolas como las guerrillas y como el entusiasmo nacional desaparecerían por ensalmo ante sus formidables huestes. Este error, á la verdad disculpable en quien tantas naciones había visto postradas á sus pies, fué una de las más poderosas causas de su desgracia en la conquista de España.

Grandes fueron las fuerzas que se pusieron de acuerdo y los preparativos que se hicieron para la empresa que tan apetecido resultado prometía: tan grandes que la Francia no los había empleado iguales en ninguna de sus campañas contra la Rusia, la Prusia y el Austria. Tres cuerpos de ejército, el 2.º, el 6.º y 8.º que, juntos, reunirían sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos, debían penetrar en Portugal por la Castilla contra el ejército anglo-lusitano, habiendo antes asegurado su subsistencia con abundantes almacenes de provisiones. Fué nombrado para acaudillarlos el «hijo predilecto de la victoria» el célebre mariscal Massena, compañero leal y generoso amigo de Napoleon desde las campañas de Italia, á quien debiera en Essling la salvación de su persona y de su ejército. A sus órdenes debían ir Ney, Junot, Reynier, KeHerman.

Para auxiliar sus operaciones debía Sebastiani extender desde Murcia sus correrías hasta Gibraltar; Soult con sus otros tres cuerpos de ejército, al par que continuaría sus obras contra Cádiz, mantendría en alarma el Portugal por aquella parte hasta Badajoz; y á Valladolid se trasladaría un 9.º cuerpo como reserva de los que partían á la conquista de Portugal, el cual se estaba ya reuniendo en Bayona hasta la fuerza de veinte mil hombres, donde además quedaría otro á las órdenes de Caffarelli.

Así que Massena llegó á Salamanca, mandó un trozo de sus fuerzas á tomar á Ciudad-Rodrigo, primera operación para él indispensable, tanto porque le cerraba el paso, como porque su posesión le aseguraba un excelente punto de retirada. Ciudad-Rodrigo es una plaza situada cuatro leguas de los linderos de Portugal y seis y media de la de Almeida que este reino tiene á su frente. Cubre una eminencia, cuyos pies baña por su margen derecha el Agueda; la rodea una muralla irregular y dificultosa, obra de diferentes épocas, y tiene en ella un castillo que, con ser de tiempo de D. Enrique II de Castilla, es su mejor defensa por aquel frente. No obstante, y aunque esté considerada como plaza de segundo orden, Ciudad-Rodrigo no puede resistir un largo y formal asedio porque la dominan otras alturas cercanas, el Calvario y San Francisco, y porque está cercada de hondonadas y barrancos que permiten el acceso hasta tiro de pistola impunemente. Además su población no pasa de cinco mil almas, por lo que tampoco admite una guarnición numerosa. Entonces la tenía igual en número, contando con un cuerpo de voluntarios formado por el paisanaje y con la partida de D. Julian Sanchez, uno de los más valientes y osados guerrilleros de la época.

Era á la sazón su gobernador Perez de Herastí, militar de corazón y pundonor, paisano y compañero de Alvarez, el de Gerona. Más activo de lo que por sus años pudiera suponerse, al notar la aglomeración de fuerzas enemigas por aquella parte, despejó cuanto pudo los aproches de la plaza, atrincheró el arrabal de San Francisco que se adelanta hácia Castilla, fortificó varios edificios exteriores que la cercan, los con-





ventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Cruz, y levantó estacadas é hizo cortaduras por la parte del río.

Bien conocía que ni con tales precauciones ni con mayores fuerzas podría rechazar las grandes de los franceses, si un ejército poderoso no le auxiliaba, y con este objeto escribió á Wellington, que todavía se hallaba en Viseo, y no estaba ménos interesado que él en concurrir á combatir á Massena.

Desde el 25 de Abril empezaron á acudir de diversas partes las fuerzas imperiales hasta llegar en Junio á cincuenta mil hombres. Pasó este tiempo, ora en ligeras escaramuzas, ora en porfiados choques, distinguiéndose siempre el intrépido D. Julian Sanchez, que condujo casi todas cuantas salidas se hicieron de la plaza. La más señalada fué la que ejecutó en la noche del 22 de dicho Junio forzando las tres líneas enemigas, atropellando y destrozando cuanto encontró, á fin de detener los trabajos de la trinchera que, partiendo del teso de San Francisco, extendían los situadores por el frente y la derecha de la ciudad. A pesar de eso, á la noche siguiente dieron aquéllos su primera embestida contra los arrabales de San Francisco y el Puente, y los conventos de Santo Domingo, Santa Clara y Santa Cruz. En éste fué donde pusieron su principal empeño, repitiendo cada vez con más decision sus acometidas por espacio de tres horas. De todas partes se vieron repelidos con pérdida considerable.

Enojado Ney, que era quien tenía á su cargo el asedio, con lo infructuoso de la tentativa, activó la llegada de la artillería, detenida por recientes temporales, y en la mañana del 25 descubrió siete baterías con cuarenta y seis cañones, obuses y morteros. El primer día maniobraban contra la ciudad con la mira de aterrarla, sembrándola de destrozos; el segundo contra el torreón del Rey, que quedó en breve desmoronado; y el tercero, antes de marchar al asalto, intimó por segunda ó tercera vez la rendicion, siendo como antes rechazada con dignidad y firmeza.

No se dió, á pesar de esto, el asalto, porque, habiendo llegado entonces al campamento Massena de regreso de su viaje á la córte á cum-

plimentar á José, no le agradaron y le parecieron insuficientes las obras construidas. Empezaron á desistir de las tentativas contra el arrabal de San Francisco, que tambien fueron rechazadas hasta el 3 de Julio, en que los nuestros lo abandonaron, excepto el convento de Santo Domingo, para acudir á la defensa de la brecha. El 5 hicieron una salida afortunada, pero las baterías enemigas crecían por momentos; el 8 estaba la brecha ensanchada hasta veinte toesas; y los ingleses, en vez de avanzar, se alejaban.

Esto decidió la entrega de Ciudad-Rodrigo, despues de una brillantísima defensa, sin duda superior á sus fuerzas y circunstancias topográficas. Massena, al entrar en su recinto y contemplar su estado, escribía á su córte: «todo yace por tierra destruido; ni una sola casa ha quedado ileso.» Había sufrido sesenta y siete dias de cerco; cuarenta y seis cañones manobrando activa y certeramente por espacio de diez y seis habian abierto una ancha brecha, y en este tiempo ochenta y dos mil hombres se vieron detenidos al pié de una plaza de tercer orden. Leales esta vez los franceses ajustaron el 10 una capitulacion honrosa, que por primera vez acaso llevaron á efecto. Los miembros de la junta, sin embargo, fueron conducidos á pié hasta Salamanca y desterrados despues á Francia.

Fernando recordó un dia este brillante hecho, y concedió á los que á él concurren una cruz con esta leyenda: «Valor acreditado en Ciudad-Rodrigo.»

La opinion pública, persuadida de que hubiera podido salvarse acudiendo Wellington á su amparo, como lo habia prometido él mismo y con encarecimiento se lo rogara el gobernador, la Romana y demas autoridades de Badajoz, las comisiones de la plaza sitiada y hasta varios ingleses, se alzó enérgica para condenar una prudencia que unos llamaron cobardía, apatía é indiferencia otros, y algunos falsa amistad. No obstante, en esta ocasion anduvo cuerdo el inglés en no dejar sus posiciones para correr en otras, acaso ménos ventajosas y con menores fuerzas, el riesgo de una batalla, cuya pérdida habria traído la destruc-



cion de su ejército, la ocupacion de Portugal y un golpe rudo contra la causa española.

Massena, antes de meterse en el vecino reino, viendo el ejército de Mahy sobre Astorga, destacó contra él algunas fuerzas que le precisaron á replegarse á Galicia, en tanto que otros, para tener un punto más de apoyo sobre la frontera, se dirigian á la Puebla de Sanabria. Las fortificaciones de esta villa se reducen á un muro que la cerca y un castillo de fábrica antigua y débil. Su gobernador, de acuerdo con el general portugués Silveira, que mandaba en la plaza fronteriza de Braganza, la abandonó á la aproximacion de los franceses. Ocupáronla éstos, y se volvieron dejando en su custodia una corta guarnicion. Observándolo los españoles, revolvieron sobre ella rescatándola fácilmente; pero los franceses revolvieron tambien con mayores fuerzas y aseguraron su ocupacion (Agosto).

Llegó entretanto la hora de la invasion. Portugal habia permanecido pasivo espectador de las desgracias que experimentó España despues de la batalla de Talavera, no porque ellas le fuesen indiferentes, sino porque vivia bajo la dependencia absoluta de la Inglaterra. Su embajador Sir Carlos Stuart entró á formar parte de la regencia que representaba á la familia real residente en el Brasil; Beresford mandaba en jefe, segun dejamos dicho, las tropas portuguesas; el almirante Berkeley la marina; lord Wellington disponia como mariscal general del reino portugués de todas las fuerzas en él organizadas; los planes de campaña se trazaban sin intervencion de los generales portugueses y se discutian en Londres, sin cuya aprobacion ó de sus delegados ningun movimiento se ejecutaba; en fin, como lo ha dicho un mismo inglés historiador, el Portugal era entonces un estado feudatario de la Gran-Bretaña. Algunos portugueses pundonorosos, hasta miembros de la regencia, el pueblo sobre todo no llevaban en paciencia, ni áun por su propio bien, tal dependencia; pero causas anteriores, la sumision de la familia real expatriada, la falta de ejércitos, de generales, de dinero; la fuerza, en fin, de las circunstancias se la imponian á todos. Con eso se explica cómo los portugueses,

tan vivamente interesados como nosotros en la lucha contra Napoleon, permanecieron pasivos espectadores, en la apariencia, de los grandes reveses que sufrió España en el trascurso del año 9.

En cuanto á la inaccion inglesa, reconociendo que fué originada por no poder ejercer entre nosotros el mismo predominio, debemos confesar que no estaba destituida de prudencia ó que al ménos se justificaba en un plan maduramente elaborado por Wellington y aprobado en Londres; plan que sacaba todas las ventajas imaginables de los accidentes topográficos de un terreno tan bien estudiado por los militares, y regido ó dominado por ellos. Así la invasion no les cogió en modo alguno desprevenidos. Cuarenta mil hombres tenía á la sazón la Inglaterra en la Península; bien que, excluyendo la gente que guarnecía á Cádiz y los enfermos, apenas quedaban para operar veintiseis mil. Los ochenta y dos mil que contaba á sus órdenes el vencedor de Talavera los completaban el ejército y las milicias del país, gente á la verdad muy inferior en organizacion y disciplina. Casi se podian equiparar con las partidas de paisanaje que llevaban el nombre de *ordenanzas*, cuyo número era desconocido y siempre incierto.

Ocupaban el valle del Mondego y las cordilleras que lo limitan, y además tenían tomadas todas las disposiciones para sostener una larga y empeñada resistencia hasta Lisboa sin el peligro de ser cortados en ninguna parte. Todo el territorio por donde se presumió marcharía Massena, estaba assolado, destruido; campos, barcas, molinos, para que el hambre le persiguiese. En masa debían seguir la retaguardia los naturales hasta las líneas que el ejército tenía formadas sobre Lisboa; una de cerca de siete leguas desde la márgen derecha del Tajo, en Alhandra, hasta el mar, cerca de Torres-Vedras; otras de extension casi igual corria próxima á dos ó tres leguas de distancia, desde Quintela al desagadero de San Lorenzo; y otra, ya no para la defensa de Lisboa sino para la protección del embarque de los ingleses, en último caso de desgracia, pasado el Tajo, apoyándose en el castillo de San Julian.